

Cuando La Muerte visita

Enma Ai

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

La enfermedad es el resultado de que La Muerte visite una casa, aunque yo no recuerdo cuándo entró por la puerta aquella señora oscura y se puso cómoda en el sofá de la sala. Jamás pude ver su rostro, a pesar de los más de tres años que estuvo allí, esperando por algo, por alguien. El velo negro de encaje me recordaba vagamente a mi abuela, así como las manos huesudas que sostenían entre ellas un cayado negro y delgado.

Siempre fue muy callada cuando estuvo de visita en nuestra casa, pero creo que es porque planeó siempre quedarse mucho tiempo, no sólo un par de horas o unos días. Había escuchado que sus visitas podían ser aparatosas, caóticas; con gritos de desesperación y vajillas rotas. También escuché que a veces aparecía en la puerta y no entraba, o que mandaba notas para avisar que llegaría días antes de hacerlo.

Con nosotros fue espontánea; un día llegué de la escuela y ya estaba allí, no obstante, era tan discreta que nunca reparamos en ella. Se mantuvo de pie junto a la lámpara de la sala, apenas alisando una arruga sobre su falda o centrando el collar en su pecho. Era tan invisible para nosotros que mi mamá llegó a ponerle las bolsas del súper encima, o bien, yo pintaba a su lado sin notar que la manchaba de pintura.

Mis gatos fueron quienes la vieron primero, observándola con ojos dilatados, inmóviles, sentados en el suelo. Si había alguien de la familia que creyese en las supersticiones de la gente sobre la maldad de los gatos, dejó de hacerlo al ver la inmediata reacción de todos ellos cuando vieron a nuestra visita. Se escondieron por una semana en lo profundo de los clósets, cuando no se mantenían pegados a nuestras piernas y gruñían al acercarse a aquella señora, inmóvil y silenciosa.

Comenzamos a cambiar nuestra forma de vida poco después; evitando aquel sillón, evitando hablar demasiado alto para que no



Enfermedad 2, Blanca Azucena Alcalá Gómez.

nos oyese, dejando las bolsas del súper en el piso y, de vez en cuando, intentábamos ofrecerle una taza de café o de té. Queríamos, al menos, que estuviese cómoda, por miedo a lo que su agravio podría causarnos.

Habíamos escuchado que hacer enojar a La Muerte cuando te visita sólo puede resultar en desastre y, al tenerla por tanto tiempo estacionada en la sala, teníamos que hacer lo posible para mantenerla medianamente contenta. Mi mamá la sacudía cuando hacía limpieza, yo evitaba cubrirla con pintura y mis gatos dejaron de gruñirle para, solamente, mirarla de reojo de vez en vez.

Papá fue quien se dio a la tarea de cuidar de nuestra visitante; haciéndose su amigo, aceptándola. Le preguntaba sobre finanzas, le enseñaba fotos de la familia y, en las noches, cuando él creía que nadie escuchaba, le hacía una única petición:

—Dame un poco de tiempo.

“¿Tiempo para qué?”, me lo preguntaba durante mis clases de la mañana, en las horas de trabajo, antes de dormir, pero no supe responder a mi propia duda. Aparte, tiempo es lo que teníamos, dado que aquella mujer no parecía dispuesta a salir de la casa, en cambio, se entretenía con la plática de mi padre, viendo las fotos de la familia y aceptando las bebidas que le servía mi madre.

La Muerte pasó tanto tiempo en la casa que ella misma comenzó a recibir sus propias visitas, unas más placenteras que otras. La primera que recibió fue a La Melancolía, según recuerdo, vestida de azul pálido y un velo muy largo, tanto que no pudimos cerrar la puerta. Ella tocó todo, desde las bolsas de té en la alacena, hasta las cortinas. No sólo fue la primera, sino que también la visita más constante, dejando tras de sí su perfume dulce, con unas últimas notas amargas.

Otras tantas visitas siguieron, como Las Tristezas: una elegante con atuendo platino de estrella de Hollywood, con maquillaje perfecto, con manicura perfecta, y su hermana, siempre mal vestida, despeinada, con el rímel corrido y pegando alaridos estridentes cuando aparecía o se iba. Esas dos tenían sus integrantes de la familia favoritos. Por mi parte, en las mañanas me llevaba mejor con la hermana elegante, pero en las noches aceptaba la compañía de la hermana fachsosa, en la soledad de mi cuarto.

La peor de las visitas era La Furia, roja, desde las raíces del cabello hasta los tacones de aguja de charol. Ella era malvada. Nos hacía sentar

en la sala, secuestrándonos por días, quemando nuestras palabras y haciendo arder nuestras almas. La casa parecía Roma bajo el gobierno de Nerón. La Furia, a veces, se aferraba a alguno de nosotros, y no a todos, por lo que pasaba largas horas en la cocina, hablando con mi madre de los malos recuerdos, de los tiempos difíciles. A mí me buscaba a altas horas de la madrugada, cuando el insomnio me tenía por el cuello.

La presencia de todas esas visitas marchitó el jardín como una peste. Cubrió de polvo los muebles, pudrió la fruta, secó nuestras almas, pero a papá fue a quien peor le afectó. Perdió el poco pelo que le quedaba y los kilos extra que lo hacían ver como un oso. Lo hizo torpe, lo hizo lento y, durante los últimos meses, las visitas secuestraban su claridad a veces.

Aun cuando él se mudaba al hospital por largas semanas, ellas iban con flores a verlo; a vernos. En las noches, cuando dormía en el piso junto a la cama de papá, a veces aparecía La Tristeza fachosa, otras tantas La Melancolía y, cuando llegaba a un punto de quiebre, La Furia.

Conocí también, durante las horas en el piso frío del hospital, a una última visita: la nieta de La Muerte. Pequeña, molesta, siempre insistente... La Desesperación. Preguntaba cosas tontas, a veces inteligentes, pero lo hacía hasta quedarse sin aliento, hasta que mis oídos reventaban y ella parecía satisfecha. Me seguía por los pasillos llenos de camas con bultos, por los cuartos con olor a formol y las salas de espera con gente sin rastro de esperanza en los ojos. En esas caminatas por el hospital en la madrugada, la niña de trenzas largas solía asegurarme algo repetidamente:

—No hay lugar para La Esperanza aquí; esa prima mía no tiene lugar en un hospital.

Cuando volvíamos a casa de las estancias en el hospital, La Muerte seguía allí, en el sofá. Ella saludaba con una inclinación de cabeza a mi padre, a su amigo, y a mí... a mí jamás me decía nada.

El día que se marchó, no estábamos en casa, estábamos en el hospital, junto a La Desesperación, junto a La Melancolía. Llevábamos poco más de un día allí. La tarde anterior, mi hermano había llamado al trabajo, me había hecho salir de allí, con el corazón en la mano, pero aseguró que La Muerte seguía en el sofá, tan tranquila como siempre, con su té en la mano, con su velo perfectamente planchado. A la tarde siguiente, no obstante, ella ya se había ido, con lo que había ido a buscar a mi casa, con mi papá.